esos odios, alimentados por los explotadores á quienes convenía que se picasen por ese estúpido patriotismo chico, ocasionando reyertas con frecuencia entre los de diferentes provincias. La guardia civil y la foral son algo como reyes absolutos, y con razón unas veces (dado el orden actual) y sin ella otras, los mineros, que eran para ellos simples perros, llenaban las cárceles de Valmaseda y de Bilbao.

Sobre 1887 á 88 estaban en la cárcel de Larrinaga (Bilbao) Antonio Serral y Vicente March, y estos imbuyeron en algunos mineros los gérmenes de la revuelta y de la emancipación.

Salidos de la cárcel sembraron entre sus compañeros mineros la simiente que habían recogido en la prisión, y esta simiente germinaba en aquellos corazones generosos, malos sólo por ignorancia, que les hacía guerrear entre ellos por si habían nacido en Tudela ó Tarazona, en Valmaseda ó Villasana, pero que la luz les iba llegando, y con tanta intensidad la amaban, que en mayo de 1890, sin sociedades ni grupos y sin guías se lanzaron á la huelga por las ocho horas.

Los anarquistas Serral y los que en 1890 estaban en Bilbao no se encontraron al alcance de las circunstancias; dejaron á los mineros abandonados á sus fuerzas y en vez de ir á las minas para cultivar la simiente revolucionaria que habían sembrado y que era suya, se quedaron en sus casas. Fué Perezagua, se puso al frente, y como las ideas colectivistas de Serral y entonces de March, se diferenciaban bien poco de las socialistas excepción de la conquista de puestos oficiales, he aquí que Perezagua recogió el fruto y en unos días miles de mineros le idolatraban.

Cuando en 1891 volví á Bilbao recorrí las minas y más de una vez me dijeron; «nosotros estamos conformes con vuestras idea, pero cuando la huelga sólo los socialistas vinieron á dirigirnos.»

Y tanto poder tenían los socialistas entre los mineros en 1891 y tanto fanatismo y odio sembraron contra los anarquistas, que era arriesgado recorrer la zona.

A los pocos días me hablaron de un simpático á nosotros, presidente de la Agrupación Socialista de las Carreras y preparamos un mitin en Somorrostro. Pero ¿quién hablaría? Yo no era (ni soy) un verdadero orador; mi facilidad estriba simplemente en enrolar al contrincante y asesinarlo con sus propias palabras. No había temor de la controversia, pero había que hablar antes para que la controversia se produjera.

¿Pero quién subiría á las minas? Los anarquistas estaban atemorizados. Los socialistas, en los talleres, les habían hecho creer que si iban á las minas no volverían, serían asesinados, y se lo habían creído.

Por fin, tres ó cuatro compañeros más jóvenes que yo irían y hablarían si les escribían algo para aprenderlo de memoria.

Les escribí los discursos y allá fuimos seis, no muy confiados, pues hasta nos habían infundido algún temor; pero no fiamos el triunfo á la razón y fuimos en condiciones de defendernos y hacernos pagar caro si se nos agredía. Confieso que todo eran novelas socialistas para que no fuéramos á disputarles el terreno: LOS MINEROS ERAN INCAPACES DE AGREDIRNOS.

La primera emoción nos la produjo el reparto de las convocatorias. La tiranía era tan grande, que su repartición equivaldría al cierre de todas las minas para quien lo hiciese, pero se empleaba un medio que, sin comprometerse ninguno, demuestra el gran amor de aquellos mineros a la emancipación.

Las convocatorias se colocan en montones con una piedra encima, en los caminos por donde los mineros pasan, coje cada uno la suya y dejan el resto en la situación encontrada.

Llegamos al mitin que se efectuó en un corral grande de una casa casi en ruinas. El público, que era bastante, llenaba el patio; nosotros ocupábamos un corredor, especie de balcón.

Los jóvenes oradores (yo tenía 24 años, los otros de 17 á 18) estuvieron hechos maestros. Yo iba á responder á lo que los otros dijeran y no llevaba nada pensado, pero los controversistas no se presentaron. Mi posición era difícil, pero hice lo que pude.

Resultado: Todos los miembros de la Agrupación, que eran 23, se vinieron con nosotros; el sello, que decía: Partido Socialista Obrero Agrupación de las Carreras, dijo al poco tiempo: El Combate, periódico anarquista, Bilbao.

Esto inquietó á los socialistas, que crearon partidas de la Porra, y el pobre minero que se llamaba anarquista se encontraba apaleado á cada momento. De aquí que muchos no se atrevieran á hacer propaganda. Luego la falta de una organización entre nosotros contribuía á que la propaganda no se extendiese.

En Bilbao, había suficiente número para haber sostenido una activa campaña en las minas, pero se contentaban con reunirse los domingos en el Arenal y criticar á Perezagua ó á sus propios compañeros.

A consecuencia de la controversia con Varela, que, como dije, emborrachó y ensayó para la *claque* á uno treintena y de otros hechos, hice una campaña desde *La Anarquía*, que duró unos tres meses.

Los de *La Lucha de Clases* llegaron á perder la cabeza, y viéndose impotentes para contender llegaron á emplear un procedimiento que juzgaron bueno, pero que fué su asesinato.

Me preguntaron por el paradero de una suscripción que habíamos hecho cuando Marsal asesinó á Juan Mondragón, el 31 de mayo de 1891 ó 92, suscripción que nuestro compañero Catalá había entregado á los socialistas y éstos habían dado recibo, pero suponiendo que el recibo estaría perdido y no podríamos comprobarlo, preguntaron por su paradero, que no pude decirles, porque ellos debían conocerlo mejor que yo, pero les publiqué la lista de donantes y el recibo escrito por el secretario del partido, José Trío y firmado por Orte, tesorero, poniéndolo á la vez á la disposición de quien quisiera comprobarlo.

Esta discusión entró nuestras ideas en la zona fabril; en Sestao se creó un grupo compuesto de jóvenes que abandonaban el partido socialista, y en la Arboleda, donde contaban 4.000 cotizantes, bajaron á 70.

Nuestra propaganda se abría camino y pensamos en crear un periódico quincenal. El 11 de noviembre de 1891 salía el primer número con una tirada de 3.000 ejemplares y un pedido de 500. Al tercer número teníamos un pedido de más de 2.500.

Los principales pedidos eran de Sevilla, Jerez, Lebrija, Huelva y Gracia.

Dinero venía poco; sólo de Gracia recibimos una pequeña cantidad, y como se produjeron los sucesos de Jerez, de enero de 1892, siendo más de la mitad del pedido de Andalucía, donde aumentaba de número en número, con la venta de Bilbao, que era regular, no podía resolverse el coste de 85 pesetas de papel é imprenta y quedando casi sólo, pues los hermanos García, ex anarquistas, crearon una división por no querer reproducir un artículo del órgano de las Tres Clases de Vapor. Yo quería, anhelaba contender con los socialistas, pero esperaba que partiera de ellos la primera china.

Sabía que obtendría más apoyo atacándolos, pero quería hacer propaganda de ideas y esperaba que ellos rompieran el fuego. No obstante de no ocuparme de ellos, *La Lucha de Clases* dijo en su número 152 del 28 agosto 1897, que les dirigía insultos y calumnias desde las columnas de *El Combate*. Es verdad que el órgano socialista vizcaíno, por cuya dirección ha pasado la crápula, llegando á tener concejal director cobrando subvención de casas de juego y prostitución, negociando la mujer con desgraciadas, se le puede permitir mentir, oficio que hizo siempre, porque por aquellos años no puede haber periódico más canalla y denigrante que *La Lucha de Clases*.

Declararé que los vendedores de *El Combate* eran maltratados y boicoteados por los socialistas y que nos era muy difícil encontrar quien lo vendiera.

Pero han pasado 20 años y hoy sería difícil que el rastrerismo se emplease como lo hacían entonces.

Los mineros no son los mismos; piensan más y si bien les falta camino á recorrer, uno el de pasarse sin políticos de ningún género, su progreso es notable, según me lo manifiestan en carta recientemente:

«De la huelga te diré que ha sido ésta una huelga con un entusiasmo como nunca se ha visto. Bilbao entero simpatiza con los huelguistas y todos los oficios se preguntaban: ¿pero cuándo se acuerda la huelga neneral? (1) En la segunda semana de huelga, visto el entusiasmo de los huelguistas y las simpatías del pueblo, todo el mundo creyó en el triunfo huelguístico, pero los socialistas, astutos en el manejo del jarro de agua, no se descuidaron y pidieron la intervención del Instituto de Reformas Sociales, desde cuya fecha la huelga es, en mi concepto, un fracaso por la intervención de los socialistas.

En fin, como ya sabes que no me dedico á escribir, comprenderás que no puedo compaginar las mil y mil peripecias que van ocurriendo en esta huelga y que no sabemos como acabará. Deduzco que los obreros van á empezar á conocer á los socialistas y éstos van á perder mucha influencia, no sólo con los obreros, sino también con los capitalistas (2).

Porque los obreros mineros, aunque no hay aquí quien les enseñe, ellos aprenden y ya no son los borregos del 90 que no movían un pie sin la indicación del indispensable Perezagua.

En fin, hoy han cambiado mucho los obreros de aquí y por eso á los socialistas les es más difícil la solución del actual conflicto.»

Me felicito de esta evolución progresiva, pero temo que aun no es suficiente.

Y como ésta ha llevado un sesgo más histórico que de batalla, volveré, muy á pesar mío, á ocuparme la próxima semana; porque es mi concepto que los socialistas y la Unión General, un solo perro con dos collares, han traicionado la huelga.

V. GARCÍA

(1) ¿Cuándo? Cuando sea tarde, para hacer que hacen.—N. de V. G.

(2) Sí, porque los socialistas de Vizcaya abusaban de su influencia para ejercer el *chantage*. Sólo allí se ha visto que después de una huelga perdida los influyentes socialistas recobren sus puestos y queden en la calle los que en nada habían influenciado.—N. de V. G.

EL PASADO

Había una bellísima mujer que tenía un hermoso automóvil, magníficos diamantes, cuatro perritos pequineses de cien luises pieza, un buen corazón y vivía en una grandiosa quinta de recreo.

En ella fuí admitido al honor de la conversación con su propietaria, y pude observar que tenía ideas generales muy sencillas: sentía una piedad inmensa por los pequeños y los humildes; se indignaba contra las injusticias de la suerte; sobre todo, no podía soportar la idea de una crueldad social; la cárcel, el presidio y el patíbulo la irritaban extraordinariamente, y cuando pensaba en la policía que detiene á los huelguistas que hacen coacciones, descubría una personalidad como la de Carlota Corday ó de Luisa Michel.

Extendida en su sillón, con cuatrocientos luises en perros sobre sus rodillas, y no se cuantas sortijas en sus dedos, repasaba el diario, y con una bondad impertinente no cesaba de mostrarnos la indignación que le causaba cada noticia que leía.

Cuando supo que el jardinero de una quinta persiguió á tiros á unos albañiles huelguistas que intentaron cazar unas gallinas, exclamó indignada:

—¡Eso es horrible!... ¡y ha sucedido en casa de un senador!... Esas gentes merecerían el castigo del antiguo régimen.

Hay que advertir que con «esas gentes» no señalaba á los huelguistas, sino al jardinero.

⁂

Acaba de entrar la señora, después de haber paseado sola y á pie por las inmediaciones.

Entraba riendo hasta llorar de risa, y en cuanto se vió rodeada de su corte habitual, nos dijo:

—Es verdaderamente divertido lo que me ha pasado. Tomé una vereda á través de los campos, allá lejos, y andando distraída oí decir: «¡Vaya una morena hermosa!» y otra voz añadió: «¡Si ella quisiera quedaría satisfecha!» Eran dos campesinos que allí trabajaban y me miraban con ojos de fuego. Declaro lo que es bien sabido; nada agrada á una mujer como verse mirada por ojos que expresan la admiración verdadera.

Aquellos dos campesinos, trabajando en un bellísimo paisaje resplandeciente de luz y de colorido, formaban un cuadro interesante, y me detuve un instante en su contemplacion... pero entonces se atrevieron... no sé como decirlo... á hacerme unas proposiciones tan vergonzosas... tan claras, y ¡en un lenguaje!... Al pronto sentí el ardor de la vergüenza... después prorrumpí en una carcajada. ¡Qué idea! ¡Ellos, curtidos, tostados, curvados, torcidos, sudorosos!.....

Reía la señora con la más linda risa que pueda oirse.

Un señor anciano de la concurrencia preguntó:

—¿Iba usted sola por el campo?

—Sola me hallé con mis dos admiradores.

—¿Lejos de poblado?

—No se veía una casa.

—¿Ni un gendarme?

—Por aquel sitio no pasa ninguno.

—¿Ni un carruaje en el camino?

—Si era una vereda...

El anciano se recogió un poco y dijo:

—Sepa usted que el hecho tan sencillo, tan corriente, tan normal de que dos hombres solos con usted en un campo, lejos de toda habitación, de todo socorro, se hayan contentado con expresar á usted su admiración con palabras y no de otra manera más sensible, representa siglos de palizas, de horcas, de hogueras, de calderas de aceite hirviendo y otras delicadezas análogas.

La dama hizo un gesto de horror.

El anciano continuó:

—A usted le parece natural que dos hombres, dos pobres diablos á quienes el trabajo sujeta diariamente á la gleba, bajo el sol, la lluvia, el viento, el frío; mal vestidos, mal comidos, mal cobijados; que sólo cuentan con el amor de hembras afeadas por el trabajo y la miseria, vean con calma una mujer que representa todo lo que no tienen y lo que no tendrán nunca, sabiéndolo apreciar como lo apreciamos los privilegiados, la belleza del rostro, la suavidad de la piel, la flexibilidad del talle, el perfume embriagador... y la riqueza, la elegancia, la educación, la gracia y otras muchas cosas más... una mujer cuya posesión sería para ellos, no solamente un placer, sino además una revancha; estando esa mujer literalmente en su su poder y no impidiendo nadie ni nada apoderarse de ella si quisieran... Pues sepa usted que esos hombres sacrifican su deseo, refrenan su apetito y se limitan á un rústico chicoleo. ¿Puede ser eso natural?

—¡Quién lo duda! No somos salvajes, replicó la dama.

—¡Ah! ¡Con que no somos salvajes!

—Tenemos educación, dijo la señora.

—Usted tiene la suya; por eso sabe gozar de todo lo que posee. Ellos tienen otra muy diferente, que les ha enseñado á dejar á usted gozar de lo que no tienen y pueden tomar fácilmente. ¿Cree usted que ha entrado sencillamente esa educación en su cabeza?

—¿Cómo no? ¿Pues y las leyes?

—El anciano replicó con violencia:

—¡Ya hemos llegado! ¡Lo esperaba! ¡Hay leyes; pero usted se rebela contra ellas en cuante se aplican! ¡Hay leyes; pero si usted volviera de la tumba después de haber sido atropellada por esos dos hombres, y de que hubieran sido ahorcados en castigo de su crimen, protestaría contra la ley.

—La ley no necesita ser cruel, contestó la dama.

⁂

Recogióse nuevamente el anciano y repuso con expresión maligna:

¡Cuánto me agrada oir á usted hablar de crueldad, usted, que es la crueldad personificada!

—¡Yo! exclamó la dama con un grito que hizo temblar y alborotar á los cuatrocientos luises perrunos que tenía sobre su falda.

—Sí, usted misma, contestó el anciano. Cuando pasa usted velozmente en su auto resplandeciente de belleza, de frivolidad, de lujo, y deslumbrando á los pedestres con los destellos de las joyas diamantinas, hace usted sufrir á todos y á todas las crueldades infernales de la envidia. ¿Por qué usted, y no ellos ni ellas?... ¡Y jamás ellos ni ellas! ¡Porque los padres... porque el marido!... Sí, es verdad. ¿Pero por qué no los maridos ni los padres de ellos y ellas?... Usted es sola y ellos son el número... Usted es débil y ellos son la fuerza... Y dejan pasar á usted... Mire usted ese ejército de camareras, de lacayos, de cocineros, de maritornes, de fregonas, de lavanderas que sufren el calor mientras nosotros bebemos refrescos y decimos cosas inútiles. ¿Cree usted que su sola vista y la nuestra también no es para ellos una crueldad de condenado?...

No siempre ponen porquerías en lo que nos sirven... La camarera que se levanta á las seis de la mañana para ponerse á disposición de usted después de haberse acostado á media noche, cansada del trabajo de todo el día, le ayuda á vestirse; maneja sus ropas, sus alhajas, sus adornos. ¿Cree usted que eso no es cruel? Y no suele tomar de usted más que lo que desecha. ¿Y cree usted que las teorías de los economistas ó las enseñanzas de los moralistas impiden á esas gentes hacer el acto de independencia que haría cambiar todo en un instante?...

—El miedo al gendarme...

—No; no se le ve; suele estar lejos. No, gran señora de corazón sensible. Todo eso sucede y es posible porque han pasado siglos y siglos de rudeza y de crueldad, que han puesto en los cerebros el atavismo de la resignación, hasta el punto de no comprender que esa resignación es sencillamente miedo cristalizado.

Hace algunos siglos una dama como usted no saldría sino rodeada de una docena de servidores armados, llevando ella misma el limosnero al costado, y mientras ella repartiría limosnas, sus armados distribuirían garrotazos, y mediante esos recursos podría volver sana y salva á su castillo fortificado, y si por acaso hubiera sido molestada lo más mínimo, los árboles del bosque ó del camino se hubieran visto pronto cubiertos de una cosecha extraordinaria de ahorcados.

—¡Calle usted; eso es horroroso, exclamó la dama.

—¡Horroroso en efecto! Pero vea usted, buena señora, eso ha hecho entrar en lo íntimo del corazón de los humildes la idea de que es sacrílego turbar á los dichosos en el goce de su dicha. Sobre esa idea y sobre su arraigo descansa el privilegio. Por eso, cuando leo los horrores del tiempo pasado; cuando considero al jefe de los Jacques, los campesinos rebeldes, sentado sobre un trípode de hierro candente, coronado con una corona de la misma temperatura, mientras tres ó cuatro sayones le tenacean el pecho y llenan los agujeros con plomo derretido, no maldigo la ferocidad de nuestros padres... Al contrario, yo digo en mi corazón: Benditos los dichosos, los privilegiados de los tiempos pasados, que, aceptando la carga de ser crueles, aseguraron á los privilegiados, á los dichosos del presente, la dulce voluptuosidad de ser dulces, bondadosos y caritativos.

Los cuatrocientos luises perrunos empezaron á ladrar escandalosamente. Un perro desconocido é indocumentado y con hambre atrasada, se permitió rápidas familiaridades con la comida de los perros privilegiados. La dama, sin más miramientos, cogió un látigo y con él despachó al can intruso.

La discusión terminó con aquel acto y con estas palabras del anciano:

—El atavismo no se ha hecho para los perros.

PAUL DOLLFUS

(De *L'Express*, de Lieja.)

CONMEMORACIÓN 13 OCTUBRE. — A la Enseñanza Racionalista: á su iniciador. —GRAN LÁMINA SIMBÓLICA. — *En la última semana del presente mes se publicará esta obra artística: su tamaño 60 por 80 centímetros, tirada en seis colores, y su precio 1 peseta: por correo 1'20.*

INTERNACIONALISMO PLIMSAUL

Estamos muy lejos de *La Internacional* y de su socialismo. El socialismo que nos sirven á diario la mayoría de los *leaders* de los partidos obreros europeos y americanos, es un socialismo nacionalista para uso de burgueses. El socialismo mundial, al hacerse gradualmente *demócrata*, al desertar el terreno *económico* por el *político*, al desertar el *ambiente obrero* de los sindicatos por el *ambiente burgués* de los parlamentos, se ha reducido, empequeñecido y degenerado en un burguesismo repugnantemente político-hacendista, que roba descaradamente la etiqueta de socialista internacionalista con que pretenden taparlo los jefes de la social-democracia.

El milagro lo ha hecho este espíritu de autoritarismo de los socialistas de Estado. Sin su sed de mando, sin su legalomanía, sin su afán de apoderarse de las riendas del Estado para desde él *decretar* la transformación social, los pueblos habrían dado á sus respectivas burguesías el disgusto de derribarles instituciones que únicamente una revolución puede derribar.

Vedlas, en cambio, todavía triunfantes, merced á esta *cooperación de clases* socialistoide que arrinconó la *lucha de clases* predicada por los primeros socialistas de la Internacional y sus únicos continuadores actuales, los anarquistas y los socialistas sindicalistas revolucionarios. Los hechos están dando la razón á la crítica de los anarquistas. A priori vieron la degeneración traida por los pretendidamente «científicos» del socialismo. La ciencia *política* pone el socialismo á los pies de las instituciones burguesas para que lo pisoteen.

Tenemos de ello otra prueba con el Congreso socialista de Copenhague. El parlamentarismo de estos ha dado la puntilla al internacionalismo en la discusión sobre el antimilitarismo. Queriendo fiar la desaparición del militarismo y su consiguiente la guerra *únicamente* á la obstrucción parlamentaria, se ha demostrado de modo evidentísimo que la inmensa mayoría de los directores socialistas son tanto, si no son más, nacionalistas que los burgueses. ¿Lo sospechaba ya Bebel cuando afirmó que «*la social democracia es una especie de escuela del militarismo.*»

Este falso revolucionarismo de los socialistas gubernamentales lo deja al descubierto esta crónica de E. Diez Reitg, de *El Diluvio*, que trasladamos á estas columnas para que no pueda ser tachado de sectarismo nuestro particular modo de apreciar la marcha regresiva del socialismo de Estado. Vale la pena de que la lean y mediten los obreros:

«... el apasionamiento y la diversidad de opiniones no aparecieron tan graves como en el campo del antimilitarismo y de la oposición á la guerra.

»Refiriendo esta discusión al sensacional discurso que Guillermo II pronunció dos días antes en Kœnisberg, puede afirmarse que en el debate del Congreso de Copenhague ha vencido el kaiser. Al afirmar el emperador que regía su pueblo por derecho divino dirigía la más grave afrenta á la Constitución germánica, al Parlamento y á la nación en general, porque el derecho divino de los monarcas equivale al absolutismo y á la autocracia y, por consiguiente, á la negación del derecho natural de los pueblos.

»Toda la opinión liberal germánica se levantó en una tempestad de protestas contra la osadía del emperador en momentos en que el pueblo alemán sostiene una lucha incesante para conseguir el disfrute decisivo de su derecho á regirse por sí mismo. Estas protestas debían encontrar un eco entre los socialistas reunidos en el Congreso internacional de Copenhague. Desde el día de la inauguración los representantes alemanes respondieron al desafío del kaiser oponiendo á sus ansias de absolutismo la serie de victorias que los socialistas del Imperio están obteniendo en las elecciones parciales que desde 1908 se vienen verificando en los diversos Estados; los congresistas alemanes no tuvieron que esforzarse mucho para demostrar que el furor bélico que respira el discurso de Kœnisberg es hijo de la decadencia del régimen pangermanista sobre que se asienta el poder autocrático y del temor de verlo definitivamente enterrado en la gran prueba que las elecciones del año próximo van á ofrecer á Europa.

»A esta explosión de protestas y ataques más ó menos extremados se ha limitado la contestación dada por los socialistas de Copenhague á la procacidad del kaiser y á sus amenazas belicosas. Pero cuando el Congreso ha abordado la cuestión candente de la guerra y se ha pedido á la democracia socialista internacional un acuerdo enérgico, que por su carácter colectivo sirviera de dique á todo desbordamiento guerrero, imposibilitando en un porvenir tal vez no lejano las luchas fratricidas entre los pueblos, se ha visto á esta democracia contaminada por el prejuicio de la raza y del amor propio nacional.

»Si una sola vez debiera resultar justificada la huelga general de todo el mundo proletario, incluso de los empleados en servicios públicos, como son los de Comunicaciones, sería para evitar en los tiempos modernos una guerra europea destinada á convertir los campos de batalla en horribles carnicerías, á paralizar el progreso de las naciones por muchos años y á arrojar en el abismo de la miseria á las clases desheredadas. La paralización general de todos los oficios, de todos los servicios en todo Europa, sería de efecto tan eficaz que, probablemente, los mismos ejércitos llegarían á ser por él inmovilizados é imposibilitados de disparar el primer tiro.

»Keir Hardie, inglés, y Vaillant, francés, presentaron al Congreso de Cobenhague la proposición del paro general en caso de movilización de ejércitos con fines guerreros; pero tan valiente y hermosa tentativa se perdió en el vacío. Sólo 59 votos la acogieron favorablemente por 119 en contra y una multitud de abstenciones. En el momento culminante de la votación, que debía ser trascendental para el porvenir de Europa, el espíritu de raza, la antipatía natural que separa á ciertos pueblos, el amor propio nacional, apareció en los congresistas y echó por tierra la proposición. Ingleses y alemanes, alemanes y franceses, austriacos é italianos debieron sentir las grandes diferencias que les separan y recordar las cuentas históricas que están aún por liquidar, y, olvidando su cualidad de internacionalistas, cayeron en el prejuicio patriotero, enterrando con su voto la proposición Hardie-Vaillant. Tal vez de haber estado en el Congreso socialista la figura respetable de Bebel, otra hubiere sido la suerte de la proposición anglo-francesa.

»Desde este momento se pierde la última esperanza que podía abrigarse de ver fracasar la guerra por un movimiento general de rebeldía iniciado por los de abajo. El Congreso Internacional de Copenhague se ha manifestado de una manera elocuente sobre esta importantísima cuestión. Todo lo más que cabrá esperar en caso de conflicto armado es una protesta platónica por parte de los directores del socialismo, expresada por su oficina internacional. Es desconsolador, pero *l'entente* internacional no es posible por ahora.

»La paz de los pueblos está aún á merced del mal humor de un autócrata más ó menos constitucional, como Guillermo II.»

Castradores de energías

Pido la palabra

Cuando escribo estas cuartillas hace ya cincuenta y cuatro días que se declararon en huelga los mineros de Vizcaya. Las causas son de todos conocidas, por consiguiente, es inoportuno repetir las cosas que ya se han dicho. A pesar de una huelga tan prolongada en la que los incidentes y fases de la lucha se han prestado á curiosos comentarios y serias discusiones, he creido conveniente desempeñar el papel de escéptico limitándome á observar y pensar sobre los dichos y hechos de tanto populachero, de tanto leguleyo y de tanto castrador de energías que ha querido hacer de «rey Sobrino» para dirimir esta contienda donde tantos han hablado y ninguno se ha entendido.

Así, dejando hacer á los que sufren empacho de legalidad, á los que detrás de la huelga de los mineros de Vizcaya no ven más que actas de concejales y diputados, se ha dado el caso (por primera vez en Vizcaya), de que éstos no hayan colgado el *sambenito* de sus errores á los anarquistas, á los «elementos extraños», como ellos dicen. Tenemos, pues, que el fracaso de la huelga de mineros es obra exclusiva de los socialistas políticos, como la importancia de esta misma huelga, no ha sido otra que la que éstos, en unión de los *plumíferos* de la burguesía quisieron darla. Unos y otros han agotado el vocabulario de palabras halagüeñas, llamándoles trabajadores honrados, prudentes, sensatos, pacíficos y obreros dignos de que la autoridad se ocupe de mejorar su triste situación, aunque esa misma autoridad les haya sableado sin piedad en las calles de Bilbao. La huelga de los mineros de Vizcaya que empezó bajo la base de *nueve horas* de trabajo, perdió toda su esperanza desde el momento que Perezagua, sin consentimiento de nadie, se atrevió á decir en el mitin de 25 de Agosto celebrado en el Frontón Euskalduna, que, «rebajando á *diez horas* la jornada durante el verano, se solucionaría el conflicto.» Desde esa fecha, su derrota se ha ido acentuando por grados á medida que fueron en crescendo las visitas de antesala y la intromisión de comisiones compuestas de profesionales de la política.

El mismo Perezagua, en su entrevista con el gobernador (31 de Agosto), propuso como medio de solucionar el conflicto que mediara en el litigio una comisión del Instituto de Reformas Sociales, y á Bilbao vinieron el apóstata de la Internacional de Trabajadores Francisco Mora y el casi ministro de la monarquía Azcárate.

Las gestiones fracasaron, por la sencilla razón de que todo castrador de energías, todo leguleyo, todo político, por demócrata que sea, por republicano que se tenga y por socialista que se llame, no está nunca francamente del lado de los trabajadores. Ya sabemos lo que la magestuosa comisión del Instituto hizo en beneficio de los mineros; aconsejarles que perdieran de su derecho y ratificarse en las palabras *diez* horas de trabajo que intencionadamente dejó escapar de sus labios Facundo Perezagua. Después de no hacer nada en beneficio de los mineros y de decirles «¿queréis más intermediarios? ¿queréis que venga Canalejas ú otro personaje directo del gobierno»?... liaron la manta y se volvieron á Madrid disgustadísimos, sobre todo Mora, el exsecretario de La Internacional que acusó á los obreros de «indisciplinados» porque no tenían una comisión con plenos poderes ejecutivos para que por ellos hablase, para que por ellos pensara y de ellos hiciera cuanto la viniera en gana. Mientras se esperaba la llegada de un representante directo del gobierno, los obreros mineros, por consejo de los malos pastores, permanecían tranquilos, muy tranquilos, agotando los ochavos del fondo de sus cajas de resistencia y las pesetas que les remitían y continúan remitiéndoles aquellos que desinteresadamente practican la solidaridad y los que no dan nada sin esperar recibir alguna recompensa.

En previsión de que los estómagos exigentes de los niños no turbaran la normalidad en los hogares ni la alegría que los huelguistas manifestaban organizando rondallas, bailando á la puerta de las tabernas y cantando jotas al estilo de sus respectivos países, los castradores de energías, lanzaron la idea de repartirse entre sí los hijos de los mineros, y los *plumíferos* de la burguesía que veían en ello el mejor medio de desarmar á los huelguistas para que no lucharan por medios contundentes por el pan de sus pequeñuelos, patrocinaron esa misma idea y jamás se ha dado el caso de que la prensa asalariada ensalce tanto el concepto de solidaridad, pero de una solidaridad mal entendida, ya que en esta ocasión, con el reparto de los niños de los mineros, no se ha hecho más que matar tal vez el germen de una revolución, ó cuando menos, el triunfo de las «*nueve horas* de trabajo» que reclamaban los mineros. En efecto, en las luchas entre explotados y explotadores, veo bien que la solidaridad tienda su mano á los niños de aquellos trabajadores que en el fragor de la lucha tuvieron la desgracia de que la zarpa autoritaria los destrozara su vida ó los desgarrase la libertad metiéndolos en la cárcel; esos niños son los verdaderamente necesitados, no los de los trabajadores que gozan de buena salud y de libertad y que tienen dos brazos capaces para arrancar de raiz todos los castaños, bajo los cuales, los castradores de energías, los han aconsejado que se duerman á la sombra. Creo que en lo sucesivo, los obreros debemos evitar que en nuestras luchas con burgueses de corazón metalizado como los patronos mineros de Vizcaya, se dé el espectáculo vergonzoso de abandonar los hijos, para que no se hagan comentarios que en nada benefician á nuestra clase. Los trabajadores jamás deben acostumbrarse á esperar muriéndose de agradecimiento hacia los que castran sus energías, mientras éstos, con sus cabildeos con burgueses y autoridades buscan el medio de forjar de nuevo la cadena de la explotación que pretendieron hacer pedazos. Por eso en la huelga de mineros de Vizcaya solo una cosa merece nuestro asentimiento, y es la «indisciplina» de que hablaba el farsante Mora, indisciplina que poco después los castradores de energías la han convertido en cobarde sumisión, pues han conseguido que los trabajadores mineros se conformen con que los patronos les concedan media hora de rebaja y con la promesa de una ley que regula el trabajo en las minas

Si esto último llega á efectuarse, aunque los mineros arrancaran á los patronos las *nueve horas* que en un principio reclamaban, sería la mayor derrota de la huelga, por la razón de que esa misma ley les impedirá en lo sucesivo reclamar disminucion de jornada hasta tanto que el microscópico *partido* socialista llegue á ser poder y establezca la *ley de las ocho horas* estatuida en el *referendum* de su programa. Es por una ley «*en ciernes*» que obligue á los mineros á trabajar *diez horas* (pues es casi seguro que el gobierno no ha de legislar sobre la base de nueve teniendo en su seno tantos propietarios de minas como el conde de Romanones), que los castradores de energías han dado á la huelga de Vizcaya una importancia que no tiene. Es por una ley y no por las nueve horas que se ha provocado la huelga general sorprendiendo la buena fe de los trabajadores de Zaragoza y de Barcelona para dejarlos chasqueados ante el hecho de que mientras ellos prestaban solidaridad moral y material á los mineros de Vizcaya, la Federación de Sociedades obreras de Bilbao y la Unión General de Trabajadores, mangoneadas por socialistas políticos, traicionaban esa misma huelga por creerla perjudicial á los mineros. Por último, es por una ley que se ha sacrificado el bolsillo de casi todos los trabajadores de España para llenar los pueblos de la provincia de Vizcaya de huelguistas pordioseros después de haberlos hecho abandonar sus hijos y de hacerlos creer que las huelgas se ganan tumbados á la sombra de los castaños esperando tranquilos á que el ochavo prestado por la solidaridad de los trabajadores haga morder el polvo al millón de los intransigentes burgueses.

Sobre procedimiento, hablaremos en el próximo.

AQUILINO GÓMEZ

RÉPLICA

Á UN IMBÉCIL

A ti me dirijo, *filósofo* «Azorín». Acabo de leer el artículo que bajo el epígrafe de «Más sobre el anticlericalismo» has publicado en las columnas de *El Pueblo Vasco*, diario de esta localidad.

No puedes formarte la más remota idea—¡oh *insigne filósofo!*—de la sarcástica carcajada que espetaron mis labios inmediatamente después de haber recorrido con mi vista, ávida de emociones espirituales, las líneas que tu mercenaria pluma trazara en las albas cuartillas que, á no dudarlo, si hubieran conocido tu antigua historia, la época relativamente cerca en que, como otros muchos, sufriste las consecuencias provinentes de la *viruela anarquista*, hubieran trocado su nívea blancura por el rojo escarlata, característico de la santa indignación.

Empiezas por manifestar que la «excesividad» del número de órdenes religiosas, que tan alarmada trae á la opinión anticlerical española, «es cosa sumamente contingente y relativa». ¿Quien puede decir—añades—que tales órdenes religiosas son excesivas, demasiadas?

Pues bien. A esto te contesta este modesto replicante que no puede dar acogida en su cerebro á la idea de que la pregunta que acabo de transcribir ha sido lanzada por uno que, según cuentan las crónicas, ha tenido el orgullo de llamarse anarquista. Estimo, es más, estoy plenamente convencido de que, al igual que otro sinnúmero de sedicentes, directores del pueblo, etc., vas cayendo —¡oh perinclito filósofo del paraguas verde!—en esa inmensa pendiente de la degeneración moral, que irremisiblemente conduce á la sima insondable donde yacen los miserables de espíritu, los que á fuerza de aberraciones sin cuento, y sin límite, ven llegada la hora de la expiación, que les coge, como es natural, completamente desprevenidos, y, lo que es más denigrante y doloroso, completamente deshauciados, ó lo que es lo mismo, en absoluta enajenación de simpatías.

¿Será menester, *eminente pensador*, que un hombre tan humilde como yo, que á falta de una potencialidad cerebral equivalente á la tuya tiene la inmensa satisfacción de enorgullecerse de la perfecta regularidad del mencionado órgano, se vea en la precisión de abrir cátedra de higiene moral y social, para llevar al ánimo de uno de los cerebros «mejor cultivados» de la España moderna el convencimiento de que, aun en el supuesto de que no fuera más que una la Asociación religiosa existente, no solo en España, sino en el mundo entero, estaría perfectísimamente aplicado el calificativo de «excesiva», que te ha inducido, en otros pormenores que más adelante impugno, al trazado de las líneas que vengo comentando?

Tú que tales exabruptos te aventuras á estampar en letra de molde; tú que tan cínicamente desafías á la conciencia humana, con tu expresa defensa de las órdenes religiosas, ¿pretendes haber sido anarquista? ¿Cres tú por ventura—caso típico de la degeneración humana—que la sublime *Anarquía*, que la para los espíritus misérrimos inasequible concepcion filosófica por excelencia de la vida, hállase al alcance de las asechanzas de la humana imbecilidad?

¡Absurdo de los absurdos! Cuando, allá en tu juventud, en el paroxismo de la *viruela anarquista* que antes te he mencionado, hacías la apología de la expropiación individual para la reversión al acervo común de lo que en aquella época decías pertenecía al común peculio, lo hacías, no me cabe la menor duda, para granjearte las simpatías del pueblo, de ese pueblo que en su eterna imbecilidad hállase incapacitado para dar su merecido á los innumerables advenedizos que se constituyen «desinteresadamente» en señaladores de la ruta que ha de conducirle á su «emancipación.»

¡Caiga el más formidable de los anatemas sobre la conciencia—si es que la tiene—de quien tiene el inmenso atrevimiento de involucrar el sacratísimo nombre de *Anarquía* con la concupiscencia y el cúmulo de inmoralidades que caracteriza la existencia arrastrada por quien, en virtud de ellas, hállase exento de la preciosa condición de ser pensante, inherente á nuestra personalidad humana!

Si, mediocre «Azorín», las Ordenes religiosas constituyen, en virtud del régimen claustral, característico de la inmensa mayoría de ellas, el más grande de los atentados á la personalidad humana, pues ello implica la más absoluta dejación de los deberes de ciudadanía y, por ende, la abstracción completa de la dignidad que debe diferenciarnos de los seres inferiores en la escala zoológica.

Supone, ni más ni menos, una absurda exención en los deberes que todo ser humano está obligado á cumplir para que sea un hecho la existencia de una sociedad igualitaria, que dejará de serlo en tanto subsistan individuos que so pretexto de la satisfacción de las exigencias de un alma de que carecen, sométense á eterna vida extramundial, para de esa manera poder cumplir á satisfacción las mil aberraciones fisiológicas á que se ven impelidos por el mero hecho de su alejamiento del mundanal comercio espiritual.

Mentira parece que todas estas cosas tenga que enseñártelas quien, como yo, en virtud de la detentación que, al igual que en la parte económica hemos sufrido en lo concerniente á adquisición del alimento cultural, los que integramos las filas del ejército proletario, carece del título acreditativo de haber cursado sus estudios en una de esas Universidades expendedoras de patentes de sabiduría.

Esta es mi réplica al punto religioso de tu insulso artículo. Pasemos ahora á la parte social —¡ahí es nada tu pretensión de sociólogo!—de tus insípidas cuartillas.

Arremetes contra el sindicalismo, diciendo que la verdadera labor de los gobiernos debiera encaminarse á su completa extinción, porque estimas que encierra un peligro mucho más serio que el encarnado en la cuestión religiosa. Conformes, de toda conformidad, con tu referida apreciación. Pero permíteme que te diga que te has acordado un poco tarde para la preparación de tu específico para el apuntalamiento de esta carcomida sociedad.

No hay fuerza humana capaz de destruir la potente, la avasalladora influencia que actualmente ejerce, con tendencia á una constante é ininterrumpida progresión, en el ánimo del proletariado militante, esa poderosa arma de combate que conocemos con el nombre de sindicalismo moderno,

El sindicalismo revolucionario no es más que el sentimiento receptor de aquel famoso aforismo engendrado por *La Internacional*—el movimiento más grandioso de los tiempos modernos—que dice: «*la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.*»

En consecuencia, mequetrefe «Azorín», el movimiento sindicalista, que tanto horror y estremecimiento te causa, no es más que la prueba palmaria del resurgimiento á la vida de los antiguos parias, la penetración en el hasta hoy atrofiado cerebro del productor, del hombre-cosa, de la verdad inconcusa, axiomática que se desprende de su existencia real, esto es, que tiene derecho no solamente á la vida, sino á gozarla; y en verdad, minúsculo «Azorín», menester es hallarse desprovisto del precioso don del raciocinio, para dar acogida, siquiera sea momentáneamente, á la absurda idea de que el actual inhumano estado de cosas, hállase revestido del carácter de perpetuidad, lo que equivaldría á decir que las víctimas del cúmulo de iniquidades que sustenta á la actual criminal sociedad, estamos condenados á eterna esclavitud.

El tiempo se encargará de desprenderos de esa estúpida creencia.

JUAN E. MENDIZÁBAL

San Sebastián

Sobre la huelga de mineros en Vizcaya

La huelga general que se implantó el miércoles, día 31 del pasado Agosto, en Bilbao, terminó por completo el sábado día 3, quedando subsistente la huelga de los mineros.

La huelga de Bilbao ha traido como consecuencia una serie de despidos en varios gremios, y en donde más se han cebado los patronos ha sido entre los trabajadores gabarreros y carreteros.

Entre los detenidos, que son numerosos, se encuentra nuestro compañero Mariano Fernández.

La detención de este compañero ignoramos si se debe á ser presidente de la sociedad del gremio á que pertenece, á ser anarquista ó si será por blasfemo; que sea por ser presidente de una sociedad, como por ser anarquista, no constituye ningún delito.

El de ser blasfemo, sí; pero aquí, en Bilbao, es un subterfugio que buscan nuestras autoridades cuando tratan de detener á alguno y hacerlo pasar una quincena en la cárcel, aunque en nada haya delinquido, como también no sería la primera vez que se detuviese á un mudo por el delito de blasfemar. ¡Considerad lectores como un mudo ha de blasfemar no pudiendo hablar! En Bilbao ocurren estas cosas.

La huelga de los mineros ha tomado otro giro.

Patronos y obreros permanecían en su puesto sin ceder en nada, hasta que un patrono, don José Martínez Rivas, no sé si *condolido* de la situación de los obreros ó de que sus intereses se quebrantan, ha dirigido comunicaciones á los patronos mineros asociados para que atiendan á los obreros en sus peticiones. Los patronos han contestado al señor Rivas con desplantes, y este señor en vista del desaire que le han dado los patronos, ha declarado que vista la actitud de estos corazones sin entrañas, ha dispuesto rescindir el contrato con uno de los patronos á quien tenía arrendadas los minas, á don Agustín Iza, y se halla decidido á conceder á sus obreros cuanto piden, esto es, la media hora de rebaja, y desde luego se halla también dispuesto á llamar al trabajo á sus obreros, y ha dicho también que si no se cubre el cupo de obreros que tenía en sus minas, le cubrirá con obreros de otras minas que se presenten á solicitar trabajo.

En la situación que se ha colocado el señor Martínez Rivas, hace que surjan desavenencias en el seno de los patronos asociados y tal vez de llegar á un triunfo, aunque no total para los obreros; desde luego que sal-